

—¡Ah! ¡Fisiología! Debe ser extenso y se presta bien al estilo ameno.

Quejóse a continuación de que le agobiaban «sus trabajos literarios...»

—Creo además y espero, señor Zuzarte, que no sean infructuosas nuestras vigiliás.

—¡Las de usted, Consejero, las de usted!

Y añadió con interés:

—¿Cuándo nos dá su nuevo trabajo? ¿Hay inconveniente en verlo?

—Hay alguno—dijo el Consejero seriamente.— Hace días me decía el ministro de Justicia: ¡ese gran talento me hacía la honra de decirme! «Denos usted pronto su libro, Acacio: necesitamos mucha luz»... Así lo dijo. Yo, naturalmente, me incliné y respondí: «Señor ministro, no seré yo quien niegue a mi país cuanto mi país me exija».

—¡Muy bien, Consejero, muy bien!

—Y les diré a ustedes en familia—añadió—, que el ministro me dejó entrever en un futuro próximo la encomienda de Santiago.

—Ya debían habérsela dado, Consejero—dijo burlescamente Julián—, pero en este pícaro país... ¡debía usted llevarla ya al pecho, sí!

—Cierto, ciertísimo—dijo vivamente doña Felicidad.

—¡Gracias, gracias!—balbuceó el Consejero ofreciendo por la expansión de su gratitud su caja de rapé a Julián.

—Tomaré para estornudar—dijo éste.

Sentíase aquel día bien dispuesto: el trabajo y las esperanzas que le dieron habían disipado su amargura. Hasta pareció haber olvidado su humillación cuando encontró en aquella misma sala al primo Basilio, pues apenas entró Luisa le preguntó por él.

—Marchó a París hace tiempo.

Doña Felicidad y el Consejero hicieron un cum-

plido elogio de Basilio. Les había dejado tarjeta a ambos, lo que encantó a doña Felicidad y enorgulleció al Consejero.

—¡Era un verdadero caballero!—decía ella.

Y Acacio afirmó, autorizadamente:

—¡Y tiene una voz de barítono digna de San Carlos.

—Un *gentleman*—añadió el Consejero.

—¡Y es muy elegante!—afirmó doña Felicidad.

Julián mecía una pierna en silencio. Recordaba la sequedad punzante de Luisa aquella mañana y las maneras del otro, y dijo sin poder evitarlo:

—Es un poco exagerado en llevar joyas y en los bordados de los calcetines. Pero es moda en el Brasil, según creo...

Luisa le miró con odio. Tenía un recuerdo melancólico de Basilio.

Doña Felicidad preguntó por Sebastián: hacía un siglo que no lo veía, y lo lamentaba, porque era una persona que apreciaba mucho.

—Es un alma grande—dijo enfáticamente el Consejero—. Le censuraba un poco por no hacerse útil a su país. Porque al fin, el piano es una bonita habilidad, pero no da posición. Y citó a Ernestillo, quien aun dedicándose al arte dramático, «es un excelente empleado de Aduanas».

Preguntaron qué hacía Ernestillo.

A Julián habíale dicho que *Honra y pasión* se estrenaría dentro de dos días y que en la calle de los Condes le llamaban ya el *Dumas hijo portugués*. Y el pobre chico se creía realmente un *Dumas hijo*...

—No conozco ese autor—dijo con gravedad el Consejero—, pero parece por el nombre hijo del escritor famoso, autor de *Los Tres Mosqueteros* y otras obras de imaginación. Por lo demás, nuestro

Ledesma es un esmerado exhibidor del arte de Corneille. ¿No es así, doña Luisa?

—Sí—contestó ella con sonrisa vaga.

Fué dos veces al reloj de su cuarto á ver la hora. ¡Casi las diez y Juliana sin venir! ¿Quién serviría el té? Fué ella misma por las tazas al aparador, puso el mantel y cuando volvió á la sala, notó un silencio embarazoso.

—¿Quieren ustedes que toque algo?—preguntó.

Doña Felicidad miraba junto á Julián los grabados de un Dante ilustrado por Doré.

—¡Qué bonito! ¿Has visto esto, Luisa?—dijo de pronto.

Luisa se aproximó.

—Es la triste historia de Paolo y Francesca de Rímíni... —dijo Julián. — Esa que está sentada es Francesca y este joven de los rizos arrodillado á sus pies, que la abraza, es su cuñado, y lamentó decirlo, su amante. Y aquél de la barba que en el fondo levanta el tapiz y saca el puñal, es el marido que llega... y ¡zas! concluyó Julián haciendo ademán de herir.

—¡Uy! —exclamó doña Felicidad horripilada.— ¿Y qué es este libro caído? ¿Leían?

Julián repuso discretamente:

—Sí... leían, pero luego:

Quel giorno piu no vi leggiemi avante...

ó lo que es lo mismo: "Ya no leímos más en todo el día."

—Temblarían—dijo doña Felicidad sonriendo.

—Peor, señora; porque, según confesión de Francesca, este joven de los rizos y cuñado suyo:

La bocca me bacció tutto tremante...

que significa: "La boca me besó, temblando todo..."

—¡Ah! —dijo doña Felicidad mirando al Consejero. ¿Es una novela?

—Es el *Dante*—dijo Acacio severamente:—un poema épico, clasificado entre los mejores, inferior acaso á nuestro Camoens, ¡pero rival de Milton!

—Pero en esas historias extranjeras siempre matan los esposos á sus mujeres—y añadió volviéndose al Consejero:—¿No es cierto?

—Sí, doña Felicidad. En esos países se repiten frecuentemente esas tragedias caseras; el desenfreno de la pasión es mayor. Pero entre nosotros, digámoslo con orgullo, el hogar es muy respetado. Yo, por ejemplo, entre mis muchas relaciones, sólo conozco esposas modelos.—Y añadió con sonrisa cortesana:—De las que es la reina la dueña de esta casa.

Doña Felicidad miró á Luisa, que estaba apoyada en una silla, y, dándole un golpecito cariñoso en el brazo, murmuró:

—¡Esto es una alhaja!

—Nuestro querido Jorge la merece—siguió el Consejero.—Porque, como dice el poeta:

*Su noble corazón, su frente altiva,
de su alma muestran la escogida esencia.*

Aquella conversación impacientaba á Luisa. Iba á sentarse al piano, cuando doña Felicidad exclamó:

—Pero dime, ¿no se toma hoy té en esta casa?

Luisa fué á la cocina y dijo á Juana que sirviese ella el té. A poco entraba Juana, de delantal blanco, muy encarnada y turbada, con la bandeja en las manos.

—¿Y Juliana?—preguntó doña Felicidad.

—Salió—dijo Luisa—. Como anda enferma...
—¡Y anda por la calle a estas horas! Eso desacredita a una casa.

El Consejero también lo creía poco prudente.

—Porque al fin las tentaciones son grandes en una capital.

—¡No!—exclamó Julián riendo—. Si a esa la tientan, reniego para siempre de mis contemporáneos.

—¡Oh, señor Zuzarte!—dijo Acacio severamente—me refería a otras tentaciones: entrar en una taberna, querer ir al circo descuidando su obligación...

Doña Felicidad no podía sufrir a Juliana; la hallaba cara de Judas y tenía aire de ser capaz de todo.

Luisa la defendió: era muy servicial, excelente planchadora, muy honrada...

—¡Y anda por la calle a las once! Si fuera conmigo...

—Creo—dijo el Consejero—, que tenía una enfermedad mortal. ¿No es verdad, señor Zuzarte?

—Mortal, sí. Un aneurisma—repuso Julián sin levantar los ojos del Dante.

—Más en mi favor—continuó doña Felicidad—. Lo que debes hacer es despedirla. ¡Una criada con una enfermedad así...! ¡Quital!

El Consejero aprobó.

—Y a veces disgustos con la autoridad.

Julián cerró el Dante y dijo:

—Me olvidé avisárselo a Jorge; pero el mejor día se les cae a ustedes redonda al suelo.

Y se sirvió un poco más de té.

Luisa se afligía. La parecía que una nueva desgracia se formaba para darla tormento. Dijo que era tan difícil encontrar criadas...

En esto estuvieron conformes.

Hablaron de las criadas y de sus exigencias.

Eran cada día más atrevidas. En dándoles un poco de confianza... ¡Y qué inmoralidad!...

—Muchas veces tienen las amas la culpa—dijo doña Felicidad—. Hacen confidentes a las criadas, y ellas, en cogiendo un secreto, se hacen las dueñas de la casa.

Las manos de Luisa temblaban, haciéndola mover la taza, y dijo con sonrisa afectada:

—¿Y qué tal de criadas el Consejero?

—Bien—dijo éste tosiendo—. Tengo una persona respetable, de buen paladar, escrupulosa en las cuentas...

—Y no del todo fea—saltó Julián—; así me pareció una vez que fui a la calle de Ferregial.

Un tinte rojo se extendió por la calva del Consejero. Doña Felicidad le miraba ansiosa, con la pupila brillante. Acacio dijo severamente:

—Jamás reparo en la fisonomía de las inferiores; señor Zuzarte.

Julián se levantó, metiendo jovialmente las manos en los bolsillos.

—Fué un error grave abolir la esclavitud.

—¿Y el principio de libertad?—saltó el Consejero—. ¿Y el principio de libertad? Convengo en que los negros eran grandes cocineros... pero la libertad es un bien mayor.

Se extendió en consideraciones y tronó contra el tráfico negrero; lanzó sospechas sobre la filantropía inglesa; fué severo con los plantadores de Nueva Orleans, y contó el caso del «Charles el Georges». Se dirigía exclusivamente a Julián, que fumaba cabizbajo.

Doña Felicidad se sentó junto a Luisa y la dijo inquieta al oído:

—¿Conoces a la criada del Consejero?

—No.

—¿Será bonita?

Luisa se encogió de hombros.

—No sé lo que me dice el corazón, Luisa. Estoy ahogada.

Y mientras Acacio peroraba de pie, iba ella murmurándole á Luisa sus quejas amorosas.

¡Qué alivio sintió Luisa cuando se fueron! ¡Lo que había sufrido aquella noche!

Fué á la cocina y dijo á Juana.

—Espere usted á Juliana. Tenga usted paciencia. No puede tardar; tal vez se habrá puesto mala.

Pasadas las doce, sonó la campanilla, levemente primero, luego más fuerte, y al fin con impaciencia.

—La chica duerme—se dijo Luisa.

Saltó de la cama y subió descalza á la cocina. Juana, echada sobre la mesa, roncaba junto al quinqué, que humeaba. La llamó, la hizo ponerse de pie y volvió corriendo á acostarse. A poco sintió la voz satisfecha de Juliana en el corredor.

—¿Está todo hecho, eh? Pues yo he ido al teatro. ¡Qué precioso! ¡De lo mejor, Juana, de lo mejor!

Luisa se durmió tarde, y toda la noche se agitó en inquieto sueño. Estaba en un teatro inmenso, dorado como una iglesia. Era día de moda; brillaban las joyas sobre los pechos ebúrneos, y relucían las condecoraciones sobre fracs palaciegos. En el palco un rey joven y triste, inmóvil y en rígida postura, sostenía en la mano la esfera armilar, y su manto de terciopelo oscuro, sembrado de pedrería, se extendía en derredor con pliegues esculturales, haciendo tropezar á la multitud de cortesanos.

Ella estaba en la escena: era actriz. Debutaba con el drama de Ernestillo, y toda nerviosa, veía ante sí, en la vasta platea, filas de ojos negros que la miraban furiosos; en el centro sobresalía la calva blanca del Consejero, como una flor rodeada

de una nube de abejas. En la escena oscilaba una decoración de bosque, y á la izquierda, un pino secular y arrogante tenía como la configuración de un rostro que se parecía al de Sebastián.

El director de orquesta dió una palmada. Se parecía á Don Quijote, tenía lentes redondos con guarnición de hoja de lata, y blandía el *Diario del Comercio* enrollado. Gritaba: "¡Pasa á la escena de amor, pasa á esa maravilla!" Entonces la orquesta, en la que brillaban los ojos de los músicos, erizados sus cabellos como montones de estopa, tocó con melancólica lentitud el *Fado* de Leopoldina y una voz áspera y acanallada cantó en falsete lo siguiente:

*Veo las nubes al caer la tarde
flotar encima de la mar sin fin...
por más lejos que estamos uno de otro,
te siento siempre cerca... ¡junto á mí!*

Luisa se encontraba en los brazos de Basilio, que la enlazaban y quemaban. Sentíase desfallecida, hundida en un elemento tibio como el sol y dulce como la miel. Gozaba prodigiosamente, pero entre sus sollozos se sentía avergonzada, porque Basilio repetía impudicamente en la escena los libertinos delirios del *Paraíso*. ¿Cómo ella lo permitía?

Los espectadores gritaban:

—¡Bravo, otra vez!

Agitábanse millares de pañuelos y los brazos de las mujeres lanzaban ramos de violetas dobles, el rey, irguiéndose como un espectro, arrojó la esfera armilar y el Consejero, por seguir el ejemplo de S. M., se despojó de su calva, arrojándola también con un rugido de dolor y de gloria. El director gritaba:

—¡Saludar, saludar!

Luisa se inclinaba; sus cabellos de Magdalena barrían el tablado, y Basilio a su lado seguía con encendidos ojos los cigarros que le tiraban, cogiéndolos con la gracia de un torero y la destreza de un clown.

De pronto todo el teatro gritó: «¡Ah!», espantado. Hubo un silencio ansioso y frágil. Millares de ojos atónitos fijáronse en el foro, que representaba un jardín lleno de rosas blancas. Luisa se volvió también como magnetizada y vió a Jorge... Jorge, que se adelantaba vestido de luto, de guante negro, con un puñal en la mano, cuya hoja brillaba menos que sus ojos. Aproximándose a las candilejas, murmuró haciendo una graciosa inclinación:

—Real Majestad, Serenísimo Infante, señor Gobernador civil, señores y señoras: ahora es la mía. Fíjense ustedes en este trabajo.

Se fué a ella con paso lento que hacía crujir el tablado, y asíéndola por el cabello, como tallo de hierba que se quiere arrancar, la echó atrás la cabeza. Levantó el puñal de trágica manera, apuntó al seno izquierdo y, balanceando el cuerpo, la clavó el puñal.

—¡Muy bien!—dijo una voz—; precioso trabajo.

Era Basilio, que hacía entrar noblemente su faetón en la platea. Derecho en el pescante, con el sombrero ladeado y una rosa en el ojal, regía sus caballos ingleses. A su lado, y cubierto con sus sacerdotales vestiduras, iba el patriarca de Jerusalem. Pero Jorge arrancó el puñal enrojecido; las gotas de sangre corrían hasta la punta y caían, caían con ruido cristalino, rodando por el tablado como cuentas de vidrio rojo. Luisa caía expirante sobre el pino parecido a Sebastián. Como la tierra estaba dura, el árbol extendía por debajo sus raíces blandas como cojín

de pluma, y como el sol la tostaba, la cubría con su ramaje dejando escurrir de las hojas sobre sus labios gotas de vino de Madera. Vea! aterrada salir su sangre de la herida, correr, hacer aquí remansos y allí arroyos tortuosos. Y oía gritar en la platea:

—¡El autor, el autor!

Ernestillo, muy rizado y plácido, apareció. Se inclinaba sollozando y al hacer las cortesías saltaba aquí y allá para no manchar con la sangre de la prima Luisa sus zapatitos charolados.

Sintió que se moría, y una voz dijo vagamente:

—¡Hola! ¿qué tal?

Parecía la de Jorge. ¿De dónde venía? ¿Del cielo? ¿De la platea? ¿Del pasillo? Sonó un ruido como el de una maleta que se deja caer, y ella se sentó en la cama.

—¡Bueno, déjela usted ahí!—dijo la voz de Jorge.

Saltó en camisa. El entraba y quedaron abrazados, en un abrazo largo, besándose sin decir palabra.

El reloj de la alcoba dió las siete.